

das por el Derecho Internacional”, y después, invirtiendo los papeles, de “El desarrollo del Derecho Internacional por las Naciones Unidas”. En ellos se contienen una serie de observaciones y críticas bien meditadas, y es de creerse que para que las Naciones Unidas puedan llegar a desempeñar sus funciones al máximo de sus posibilidades, deben corregirse algunas de las flaquezas apuntadas por el autor.

Concluye este importante estudio con un capítulo intitulado “Derecho Internacional y Política Internacional”, en donde se estudia cómo se puede lograr una mejor relación entre ambos, a fin de evitar que el primero quede subordinado a la segunda. Aquí se contienen muy jugosas reflexiones. ¿Cómo lograr un equilibrio entre derecho y política? Ambos son como vasos comunicantes. Existe un abismo entre el derecho internacional y la práctica internacional, y cada día aumenta más la diferencia de poder entre las pequeñas y las grandes potencias. Ahora bien, el problema fundamental del derecho internacional actual es el de su ejecución coactiva y lo inadecuado de su sistema de sanciones. Como observa inteligentemente Wright, la efectividad de la coercitividad depende de la disparidad entre un órgano represor y el infractor. Esta disparidad, que es muy grande entre estado e individuo, es mucho menor entre organismo internacional y estado transgresor. Por consiguiente, propone un incremento de la fuerza represiva internacional y un mayor énfasis en la responsabilidad individual de los gobernantes en derecho internacional.

En conclusión, la obra de Wright, que es de extraordinario interés, contiene no sólo un mensaje optimista, sino numerosas sugerencias constructivas.

ÉTICA CRISTIANA Y POLÍTICA INTERNACIONAL *

FRANCISCO CUEVAS CANCINO,
del Servicio Exterior Mexicano

Distínguese en la política exterior norteamericana varios periodos: simplificados en extremo, son ellos los siguientes:

Un primero, en el que grandes estadistas, educados a la europea, dirigen los destinos del país; en él, la nación entra de lleno en el sistema adquisitivo y de competencia entre las potencias europeas de los si-

* THOMPSON, Kenneth W.: *Christian Ethics and the Dilemmas of Foreign Policy*. Durham, N. C.: Duke University Press, 1959.

glos xviii y xix. Fructífero en extremo, este período atestigua la consolidación del país, la adquisición de todo su litoral atlántico y su expansión hasta el Pacífico.

El segundo se caracteriza por un aparente "aislamientismo", producto de la propia evolución interna. En él, Estados Unidos adquiere territorio casi como por obligación: se insiste en el papel providencial de la nación —en su "destino revelado", para usar la frase consagrada—, y se establece la hegemonía en el continente americano. Este período comprende desde la iniciación de la revolución industrial del país, la destrucción de la civilización agrícola-esclavista suriana, hasta su consolidación en los Estados Unidos contemporáneos.

El tercer período es expansionista, como lo revela la guerra hispano-americana que lo inicia, y reafirma las responsabilidades que adquiere Estados Unidos como gran potencia. En éste se ve precisado, para mantener y consolidar su posición, a intervenir, dentro y fuera del Continente, a participar en las dos guerras mundiales, y hoy día, a los esfuerzos que presenciamos por contener la expansión de las nuevas tesis contrarias a su propia democracia.

Los hechos no ofrecen discusión, pero sí las ideas que con apoyo en ellos se elaboran. Imbuidos del ideal del aislamiento, adictos a su "destino revelado", los norteamericanos del siglo xx han tratado de explicar la actitud internacional de su país partiendo de principios óptimos; aunque, de hecho, éstos no se han seguido más que en contadas ocasiones. De escucharlos, la política exterior norteamericana constituye una larga cruzada que el país —diferente y superior a los demás— ha seguido para hacer un mundo mejor. Huelga decir que este mundo deberá ser a su imagen y semejanza. Tal actitud la ejemplifica Woodrow Wilson, y se observa también en Franklin D. Roosevelt.

Los requerimientos del momento hacían tomar a los estadistas actitudes diversas a las que preconizaban. Encontramos —a veces sufriendolas en carne propia— ejemplos de una "real politik" seguida en Estados Unidos en contradicción a su evangelio internacional. Pero la tesis seguía en pie. En años posteriores a la segunda Guerra Mundial hallamos escritores, como el profesor Tannenbaum de Columbia, que todavía defienden la existencia de una política toda luz y toda desinteres. Creen que en ella se cifra la esperanza del orbe, y en sus páginas se revive la cruzada libertaria de Wilson.

Una tesis tan artificial tenía por fuerza que ponerse en tela de juicio. Máxime en un país como Estados Unidos, donde obran tantas fuerzas sociales vivas, donde existen tantos hombres que con buena fe se preocupan por dar respuesta a los problemas que los afectan. Además, sobre este país descansan —a raíz del vacío político creado después de la segunda postguerra al destruirse el poderío alemán y japonés— graves responsabilidades, propicias para abrir paso a un nuevo pensamiento sobre las cuestiones políticas. Con caracteres de originalidad, que debemos rei-

terar, ha surgido un notable grupo de pensadores, y es a sus esfuerzos a los que se debe, principalmente, la individualidad de esa nueva ciencia política que ha dado en llamarse "relaciones internacionales".

Este grupo de pensadores se inicia con Reinhold Niebuhr, cuenta entre sus exponentes principales a George Kennan y a Hans Morgenthau, y además, una pléyade de nombres que contribuyen a la creciente bibliografía sobre esta materia, entre los que se cuenta el autor de la obra aquí reseñada.

Es patente la originalidad de esta escuela de ciencia política. Europa, avocada de tiempo atrás a los problemas de lucha y de convivencia internacional, ha caído en un descreimiento apenas temperado por el éxito. Estadistas y pensadores del antiguo mundo no se preocupan de una lucha entre naciones, que creen congénita. Las razones estatales de supremacía, existentes en embrión en Bodin, expuestas en toda su leviantesca magnitud por Hobbes, menguadas y transformadas, nunca han desaparecido.

Diverso es el caso de Estados Unidos. Tanto por su profesión de idealismo como por su experiencia interamericana, las razones vitales de la expansión estatal han chocado con otras de origen ético. Ha creído un deber justificarse al adquirir territorios; ha debido encontrar causas extraordinarias para intervenir en las guerras; ha debido convencerse de la necesidad de predicar su propia forma de gobierno como la causa más poderosa para intentar americanizar al orbe.

La nueva escuela de pensadores proviene de la conjugación de estas razones éticas con los duros requisitos de la vida internacional de una gran potencia. A la larga, quizá, constituirá el desarrollo más original dentro de la evolución norteamericana de esta época, y ciertamente parece ser la escuela que más avanza por los nuevos senderos que bosqueja el pensamiento sociológico de Estados Unidos.

De la multitud de ensayos por parte de los pensadores que siguen esta escuela, nos referiremos al de Kenneth W. Thompson. Breve volumen el suyo, corresponde al resultado de un ciclo de conferencias dictadas en la Universidad de Duke. Pero cada una de las páginas revela un pensamiento sólido y da amplio motivo a meditaciones. Si hubiera de elegir un libro de introducción para esta nueva ciencia política, escogería éste de Thompson.

La razón es clara: por la brevedad misma de su planteamiento, el autor procura llegar a la verdadera esencia del problema internacional. Lo hace con humildad. Quizá sea ésta la mayor lección que nos proporciona: destacar la inmensa complejidad, la ingente dificultad de los problemas internacionales y, en consecuencia, ~~la absoluta imposibilidad de resolverlos por medio de fórmulas simplistas, sean morales, legales o humanitarias.~~ A tal efecto, los latinoamericanos haríamos bien en meditar los comentarios que dedica el autor a varias tesis que son, entre nosotros, particularmente populares. Son ellas: la solución puramente jurídica de los problemas internacionales; la pura y simple condenación de la guerra

y, en consecuencia, de la carrera armamentista, como males en sí; y la aproximación humanitaria, fundada en la prescripción evangélica de amar al prójimo como a sí mismo.

Para su crítica jurídica se apoya Thompson en las conclusiones a las que llega nada menos que Charles de Visscher, antiguo juez de la Corte Internacional y distinguido internacionalista. En el reconocimiento que hace de Visscher, Thompson pone de relieve que no existe una verdadera comunidad internacional, que no puede lograrse un sistema de paz sin una "infraestructura moral", y que se ha exagerado mucho la vigencia del derecho internacional (pp. 13-16). También merecen particular atención las críticas a las obras de Lord Russell y del padre Murray (pp. 115 ss., 137 ss.), en la que demuestra la simplicidad con que estos autores condenan todo lo que signifique choque de intereses nacionales. Lo mismo puede decirse de sus comentarios a la filosofía de Schweitzer; y cuando nos afirma —no sin hacer preceder su aserto de agudos atisbos— que "el mundo de la misión africana de Alberto Schweitzer es relativamente sencillo y poco complicado, si lo comparamos con el mundo internacional, en el que cada uno de los estados pugna por su propia seguridad, influencia y prestigio", conviene hacer una muy cuidadosa pausa (p. 142).

El capítulo II del libro de Thompson constituye un acierto. Si bien en el género de breves bosquejos, encara de plano la actitud que Estados Unidos debe asumir ante tres de los grandes problemas que preocupan a la humanidad: el desarme, el colonialismo y el que proviene del tipo de diplomacia democrática hoy en boga.

Las conclusiones a las que llega respecto al problema colonial (pp. 74-78), por ejemplo, despiertan el mayor interés. Previene que el problema colonial está erizado de dilemas que no desaparecerán por la simple repetición de dogmas que lo condenen. Hace ver la suprema importancia que tiene, para resolverlo, el elemento de la oportunidad y tacto políticos. Insiste en la coordinación de intereses, y no se opone al uso de la fuerza para lograr una solución final y adecuada al problema. Hace, por último, un llamado contra la fácil disposición a llamar colonial todo problema que afecte a las recién formadas naciones, poniendo de relieve uno de los lugares comunes diplomáticos en estos asuntos. En el volumen abundan las citas: a veces intercaladas en el texto, a veces como resumen de la obra de este o ese autor. Pero las ha escogido Thompson con sumo cuidado, y las engarza bien con el pensamiento fundamental del volumen, por lo que sirven para darle una oportuna ilación con el pasado.

No debe terminarse esta reseña sin mencionar su advertencia (p. 132) sobre la razón por la que el campo de las relaciones internacionales se halla en tales estrechos. Subraya, en efecto, el "relativo empobrecimiento del pensamiento contemporáneo sobre el problema". No obstante grandes esfuerzos, y obras notables, la época actual se halla muy lejos de la calidad sintética que tuvieron, para sus tiempos, los escritos de San Agustín, los

de Edmundo Burke. Quizá esto se deba a la novedad del planteamiento mismo; quizá a la profundidad de la pregunta de fondo que nos preocupa, junto con Thompson: Dada la existencia de directivas cristianas y éticas, dada la existencia de necesidades internacionales que les son opuestas, ¿qué pueden hacer las grandes (y las pequeñas) potencias? ¿Hasta qué punto, indagando sus consecuencias, pueden ignorarse aquéllas? ¿Hasta qué grado se justifica un estadista que, por seguir los dictados de su conciencia, pone en peligro a toda la comunidad cuyos intereses protege?

El libro de Thompson no nos ofrece una solución a estos graves problemas, ni él —como es justo agregarlo— lo pretende. Pero la concepción moral que ilumina sus conclusiones, la que se inspira en el amor de Dios, del prójimo, y en la paciencia propia a un cristianismo ya milenario, ciertamente tendrá que tomarse en cuenta para alcanzar esa solución final.

